

21.

El bicho sin timón

Con vientos sostenidos de 300 kilómetros por hora, el llamado huracán del siglo, *Gilberto*, impactó Cancún la madrugada del 14 de septiembre de 1988, fracturando los negocios de la zona hotelera, devastando la infraestructura de la ciudad, desapareciendo las kilométricas playas de blanca arena y haciendo añicos la teoría que postulaba que Cancún estaba situado en un paraje exento de huracanes.

Esa cándida suposición tenía un origen supuestamente científico. Relata Enríquez Savignac: “Cuando estábamos haciendo el proyecto, le pedimos al Centro Nacional de Huracanes, en Miami, un estudio sobre el Caribe mexicano. Y nos quedamos asombrados cuando vimos los resultados: en un siglo completo, ninguna trayectoria pasaba por encima de Cancún. La isla parecía inmune a los huracanes. Tan seguros estábamos que lo empezamos a pregonar, se lo decíamos a los agentes de viaje y a los periodistas.”

Ni siquiera la sabiduría de los lugareños los hizo recapacitar: “Recuerdo que un día fui a ver a Ausencio Magaña, el cacique de Isla Mujeres. Hablando del tema le digo: sabe, don Ausencio, según nuestros estudios, los huracanes no pegan en Cancún. Y le enseño gráficas, estadísticas y proyecciones. Me dejó hablar un rato, pero luego me interrumpió: mire, jovencito, esos bichos no tienen timón. Con todo respeto, yo no pensaba así.”

Tal vez compartían la misma certeza la mayoría de los habitantes del Cancún de 1988, pues los preparativos que se hicieron para enfrentar el meteoro fueron mínimos. A pesar de que la primera alerta se dio

**PÁGINA
OPUESTA:**

Foto de satélite del huracán *Gilberto*, unas horas antes del impacto del ojo sobre la costa de Quintana Roo. En su momento de máxima intensidad, las bandas exteriores cubrían la totalidad del Golfo de México.

desde el 10 de septiembre, cuando *Gilberto* se convirtió en Categoría 1, al sur de Puerto Rico; a pesar de que mantuvo un rumbo inequívoco, sin variar apenas su trayectoria, apuntando siempre a la porción norte de la península; y a pesar de su potencia, pues las bandas exteriores se extendían cientos de kilómetros en las fotografías de satélite, la actitud general fue de despreocupación.

Contaba Gabriel Escalante, en ese momento presidente de los hoteleros: "Durante varios días citamos a junta en la Asociación de Hoteles para evaluar el avance del huracán, pero nadie iba. Las alarmas se dieron tardísimo, yo creo que por inexperiencia. Aunque nos iba a hacer daño, tuvimos que evacuar la zona hotelera. Yo tomé esa decisión junto con Pepe González Zapata, el presidente municipal. Pero nadie nos hacía caso, no nos creían, ni los yucatecos nos creían."

El problema es que no existía en Cancún nada parecido a una cultura de huracanes. El último ciclón catastrófico, el Janet, había arrasado Chetumal en 1955, hacía más de tres décadas. Nadie lo recordaba y, para colmo, los nuevos pobladores de Cancún no venían de Chetumal, sino del resto de la península, incluso del centro del país, donde la palabra ciclón sólo significaba un par de chubascos intensos.

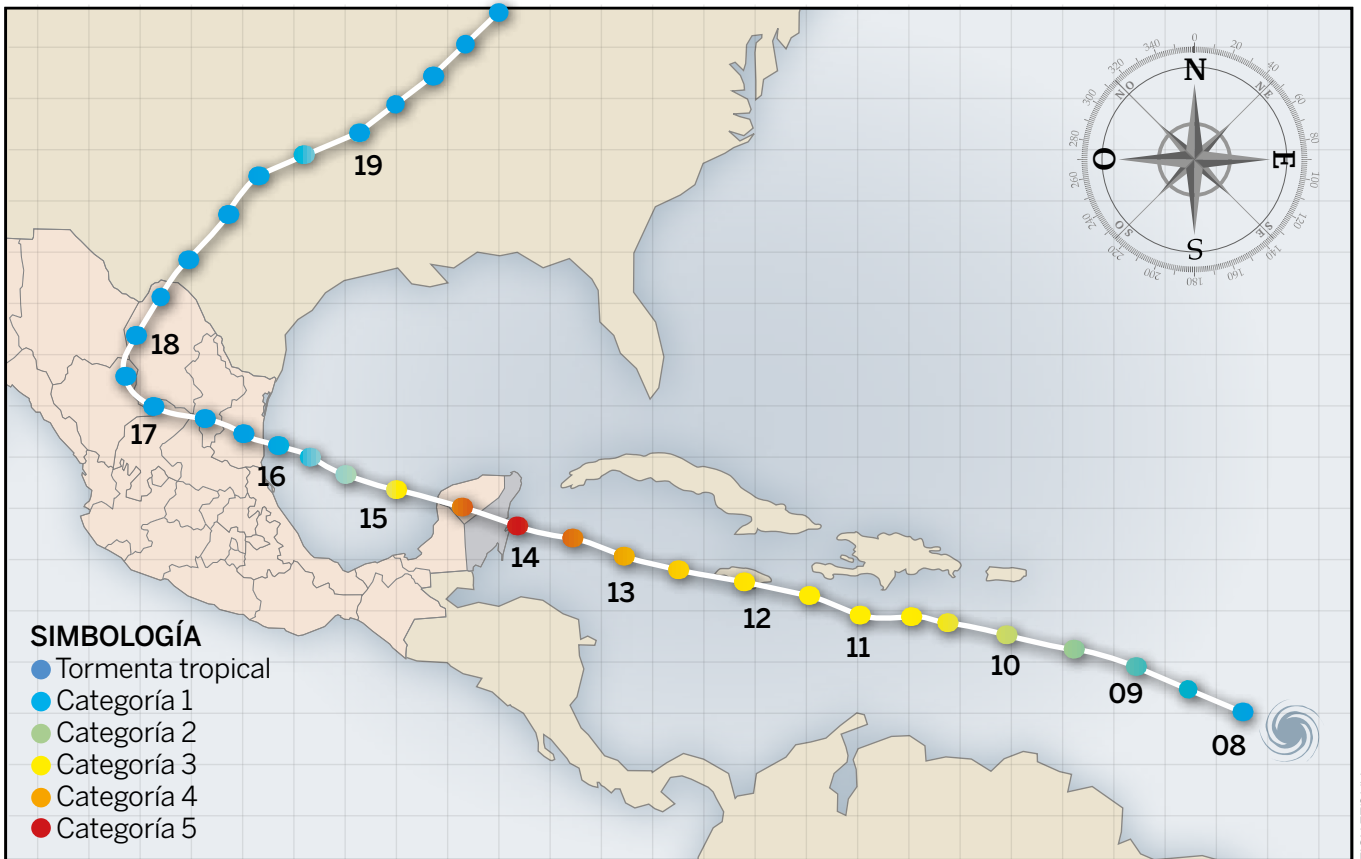
No va a pegar, se ufanaban.



Gabriel Escalante.

Con esa corazonada como única defensa, la mañana del 13, día que amaneció precioso, muchos turistas tomaron tours a las ruinas arqueológicas, para regresar a los hoteles al caer la tarde, cuando ya se había decretado la emergencia. Desde mediodía, las ráfagas de viento se empezaron a sentir, y ya eran intensas a las cuatro de la tarde. Pero, aun en esas condiciones, muchos gerentes de hotel se negaban a desalojar los inmuebles.

El Ejército intervino, cerrando los accesos a la zona hotelera, pero los retenes también eran improvisados y reinaba el desconcierto. Bastaba



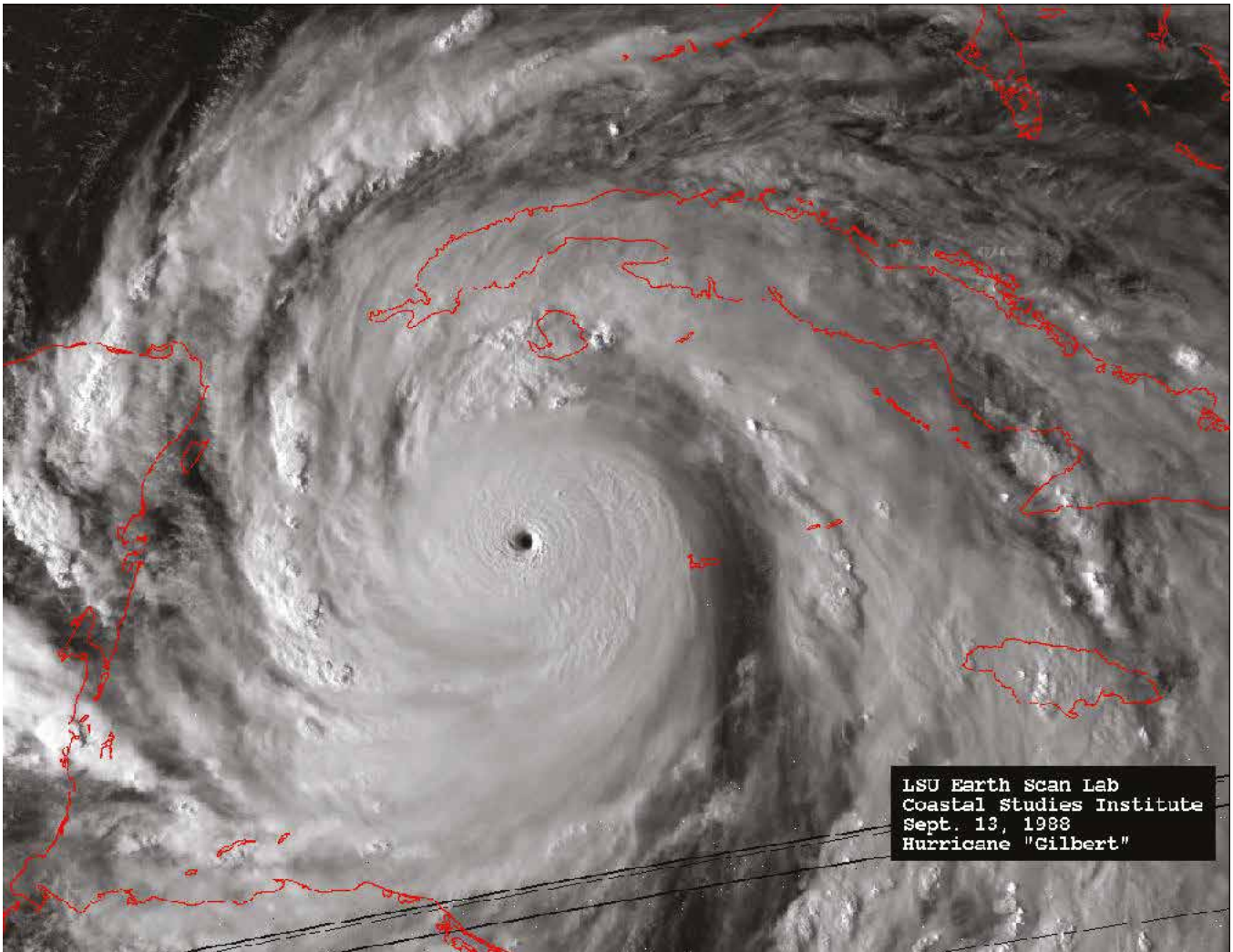
con enseñar una credencial, o alegar con suficiente vehemencia, para superarlos. Ya entrada la noche persistía un movido tráfico en el bulevar, con las típicas escenas de huracán: lanchas arrastradas sobre remolques, patrullas aullantes acelerando sin rumbo fijo, turistas abandonados que intentaban llegar a los refugios.

Los vientos huracanados de gran magnitud alcanzaron la ciudad al filo de la medianoche y demoraron cerca de ocho horas en su tránsito. La marea de tormenta elevó el nivel del mar entre seis y ocho metros, causando que las olas montañosas rompieran en las terrazas de los hoteles. La atmósfera se tornó un espacio hostil, donde volaban toda clase de proyectiles: palmas, anuncios espectaculares, láminas de cartón, tablas de madera, antenas parabólicas. La ciudad vivió el meteoro en total oscuridad, con las familias apiñadas en los espacios que creyeron más seguros, algunos sin siquiera saber lo que estaba pasando.

El amanecer coincidió con la calma relativa del ojo. Recordaba Vagner Elbjorn, residente de la zona hotelera, que había buscado refugio en la ciudad: “Desde que salimos, la sorpresa fue mayúscula. Había muebles tirados en el bulevar, el mar estaba conectado con la laguna en varios puntos. Recorrimos el bulevar, con el agua a veces a las rodillas, y a veces a la cintura. No había un árbol, no había una reja en pie.”

Y todavía faltaba lo peor: “Cuando llego a la casa, ¡oh, sorpresa!, no había puerta de entrada. Había una montaña de arena en la sala. Los muebles habían desaparecido, no quedaba ni uno. Hasta los

La trayectoria del huracán del siglo, cruzando el Caribe en su totalidad. Los números del mapa corresponden a la posición del ojo a las doce horas de cada uno de los días de su corta existencia, en el mes de septiembre de 1988.



La estructura del *Gilberto* era tan perfecta (hablando de huracanes), que su foto es utilizada en los libros de texto para explicar los principales elementos de un ciclón: el ojo, las paredes, los cuadrantes, las bandas exteriores.

ventiladores habían volado. Escalé la montaña de arena y veo como una cortina de acero. De momento pensé que algún vecino la había puesto ahí, para proteger mi casa. Pero salgo al jardín y veo aquella cosa. Me quedé perplejo. De esos momentos en que no puedes creerlo, esto no es cierto, pensé. Sí era cierto, en el jardín había un barco enorme, tan alto que llegaba al tercer piso, a menos de un metro de mi recámara.”

El barco en cuestión, un pesquero cubano llamado *Portachenera IV*, de 480 toneladas de peso bruto, se convirtió en el símbolo del poder destructivo de *Gilberto*. Arrancado con sus cuatro anclas del fondeadero de Isla Mujeres, arrastrado nueve millas náuticas a la deriva, una enorme ola lo montó sobre la playa de Cancún, donde se estrelló con la casa de Elbjorn y con una terraza del hotel Las Perlas.

Ahí permaneció durante meses, convertido en atracción turística, frustrando todos los intentos que se hicieron por rescatarlo. Vinieron remolcadores de Cuba y fracasaron. Trajeron una grúa de manufactura soviética: no se movió ni un metro. Cavaron fosas para ponerlo a flote: no se elevó ni un centímetro. Al final, tuvieron que cortarlo en pedazos, convertirlo en chatarra, para así retirarlo de la playa.

Fernando Martí

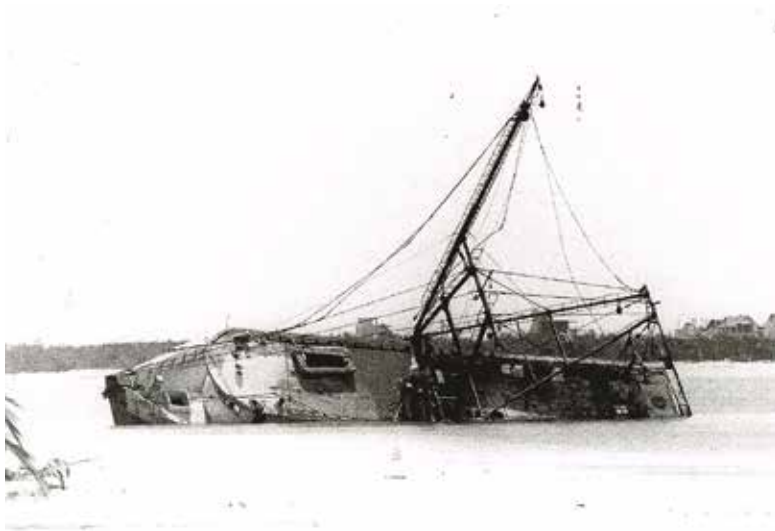
Tras el paso del ojo y de la segunda embestida del huracán, el panorama de Cancún era desolador. Enríquez Savignac sobrevoló la zona pocas horas después: "Desde el aire pudimos apreciar la magnitud del desastre. Todo el paisaje café, quemado por la sal. Los árboles caídos por cientos. Algunos edificios derrumbados. Muchísimos barcos y lanchas hundidos, sobre todo en Punta Sam e Isla Mujeres. El aeropuerto estaba deshecho, pero la pista estaba limpia, así que aterrizamos a la brava. Hicimos un recorrido de varias horas, monitoreando los destrozos. Las estructuras endebles, todas abajo. Los anuncios derribados, igual que los letreros y las decoraciones chafas. Los postes y las palmeras, en el suelo. Muchas calles estaban inundadas y las playas deshechas, sobre todo en los hoteles que se habían pasado de la raya y habían construido sobre la duna. Yo traía un nudo en la garganta."



Vagner Elbjorn.

La marea de tormenta del *Gilberto* socavó los cimientos de algunos hoteles; de milagro, ninguno cayó.

ARCHIVO HISTÓRICO DE ISLA MUJERES



FABRICO RECHY

Con esa congoja, el secretario de Turismo se entrevistó al día siguiente con el Presidente: “Le informé que Cancún estaba muy mal, y que Cozumel y la costa de Yucatán se veían todavía peor, que las carreteras estaban cortadas, los aeropuertos inservibles, las líneas de energía caídas, en fin, el panorama del caos. De la Madrid estaba marcado por el 85, por el terremoto de México, donde el gobierno se vio lento, no respondió con agilidad, y luego se vinieron unas críticas tremendas. Así que esta vez reaccionó rápido. Toño, métele a fondo, me dijo. Tenemos que volver a poner a Cancún en el mapa para diciembre.”

En ese momento quedaban dos meses y medio del sexenio, pero el Presidente se metió de lleno en el tema. A los pocos días efectuó una gira por las zonas afectadas, acompañado de varios integrantes de su gabinete. Otra vez Enríquez Savignac: “Me acuerdo que me dijo, todo lo vas a ver conmigo, cualquier cosa que se te atore me llamas. Fonatur contrató la limpieza de los bulevares, el bacheo, las obras de cabecera, la jardinería, y el Presidente le dio instrucciones a Teléfonos de México, a la CFE, a Recursos Hidráulicos, a todas las dependencias, para recuperar lo más posible en tan corto lapso. Eso nos permitió tener a Cancún en pie, con algunas fallas, pero con capacidad para recibir turistas, en diciembre.”

La recuperación del destino exigió un esfuerzo impresionante a nivel local y, de manera natural, la coordinación recayó en el gobernador del Estado, Miguel Borge Martín: “Me quedé dos o tres semanas de fijo en Cancún. De ahí iba a Isla, a Cozumel, al resto del Estado. Teníamos reuniones diarias para organizar la recuperación. Pusimos un tablero de control, con una ruta crítica de lo que había que ir haciendo. Así fuimos avanzando: luz, agua, drenaje. En el tablero decía, en tal zona la luz va a entrar tal día, el agua tal día, y así cada servicio. En las reuniones se evaluaba, cada funcionario informaba, y si no cumplía, explicaba qué había pasado y pedía lo que le hacía falta.”

Una estrategia parecida adoptaron los hoteleros. Otra vez Escalante: “Después del impacto, había una junta diaria en la Asociación, y ahora sí venían los hoteleros, no por capacidad de convocatoria, ahora venían por necesidad. La hacíamos en las tardes, antes de que se fuera la



ARCHIVO SUSANA MACÍAS



ARCHIVO SUSANA MACÍAS

luz, veíamos lo que necesitaba cada quien, cómo lo podíamos apoyar. Eran juntas extenuantes, terminábamos alumbrados con quinqués, y en el día recorríamos la zona hotelera. También teníamos una junta diaria con el gobernador, en su oficina. Ahí nos enterábamos de la reconexión de los servicios básicos. Y en un pizarrón se iba anotando cómo se abrían los cuartos.”

Mientras levantaban escombros y pegaban tabiques, Escalante afirma que ya estaban pensando en la reactivación del negocio: “En aquellos tiempos, la Asociación de Hoteles era el conductor de la economía de Cancún, no había otro medio. Tuvimos que tomar acciones de inmediato, como hacer Miss Universo, en mayo del 89. Afiliamos Cancún a la Asociación de Hoteles del Caribe e impulsamos la creación del Fondo Mixto. Eso lo acordamos con Carlos Hank González, quien aportó dos millones y medio de dólares, con el gobernador Miguel Borge, que puso otros dos y medio, y los hoteleros pusimos el resto, otros dos y medio. Con esos recursos se hizo la campaña de publicidad más exitosa de la historia, con la agencia Saatchi & Saatchi, donde se amalgamaba lo más moderno del turismo con nuestra civilización maya. Junto a eso, hicimos una agresiva campaña de relaciones públicas, trayendo periodistas de todo el mundo, para que fueran testigos de la recuperación de Cancún.”

El gobernador Borge rememora el lance: “Cuando pegó *Gilberto* estábamos gestionando la celebración de Miss Universo. Pero cuando vino el huracán la empresa se echó para atrás, nos canceló. Tuvimos que meter el acelerador. El gobierno del Estado se endeudó y trabajamos a marchas forzadas. Por suerte, Cancún no era una ciudad muy grande, tendría unos 80 o 90 mil habitantes. En diciembre invitamos a los directivos de Miss Universo, y cuando vieron Cancún dijeron, aquí lo hacemos, no hay problema.”

Pero *Gilberto* no había terminado de imprimir su huella. El huracán derribó la selva y el sol se encargó de hacer el resto, convirtiendo en leña seca enormes extensiones de selva. Tras un año de sequía, el siguiente verano brotó en forma espontánea la nueva calamidad: los incendios.

Docenas de embarcaciones se hundieron (o terminaron en tierra firme) por imprevisión de sus dueños, que no buscaron el refugio adecuado. Parte del problema fue la tardanza de las autoridades en emitir las alarmas ciclónicas.



ARCHIVO FABRICIO RECHY

El pesquero cubano *Portachenera IV* embistió un conjunto residencial y el hotel Las Perlas. Durante semanas permaneció en la playa, hasta que las autoridades cubanas decidieron cortarlo en pedazos.



ARCHIVO LUIS AROCHI

Borge asegura que esa consecuencia fue más costosa que el propio huracán: “No era un incendio, eran muchos, y cada día brotaban dos, tres, a veces cinco más. Y no teníamos una buena tecnología para ubicarlos, México no tenía satélites propios, dependía de los satélites americanos. Hablé con Sedesol, pero sólo nos daban una imagen cada

Fernando Martí

24 horas, no nos servía. Los incendios crecieron tanto que llegamos a tener tres mil gentes tratando de apagarlos, más gente que en la nómina del gobierno del Estado."



ARCHIVO LUIS AROCHI

En contraste con el terremoto del 85, De la Madrid acudió de inmediato al lugar de los hechos.



ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCUN

Los muebles de los hoteles terminaron a cientos de metros de su ubicación original.

La técnica para combatirlos eran las guardarrayas, enormes brechas de 20 metros de ancho que se abren en la selva, para evitar que el incendio continúe su avance. Pero no siempre daban resultado. Los vientos tropicales hacían volar las palmas encendidas por encima de los cortes y prendían la selva reseca del otro lado. Y, aunque suene increíble, otra vía de propagación eran las numerosas cavernas del subsuelo peninsular, repletas de raíces también secas. En total, se quemaron 134 mil hectáreas.

Casi tres décadas después, Borge todavía considera los incendios como el episodio más crítico de su gobierno: "Era humanamente imposible parar los incendios, no podíamos detenerlos, no contábamos con aviones cisterna, ni los podíamos rentar, porque los americanos tenían sus propios incendios en California. Trajimos expertos americanos y



El gobernador Miguel Borge.

ARCHIVO HISTÓRICO DE CANCÚN



**Una imagen siniestra:
los incendios forestales.**

NOTICARIBE

canadienses, ellos sí saben, tienen cada año el problema, y nos decían que no se podía hacer más. Para taparle el ojo al macho compramos un avión cisterna muy pequeño, de 800 litros. Le decían *El Dromedario*, por su forma, pero era muy poca agua, cuando la descarga llegaba a las copas de los árboles ya era vapor, por las altas temperaturas. Sabíamos que sería poco útil, pero la presión de la opinión pública era enorme.”

Al final llovió. Primero con timidez, en los meses de junio y julio, luego en forma intensa, a partir de agosto. Paradójicamente, fueron las lluvias de la siguiente temporada de huracanes las que terminaron sepultando la herencia de *Gilberto*.

Concluye Borge: “Asociamos los huracanes con agua y viento pero, a la larga, su ingrediente más letal puede ser el fuego.” ●